

El presidente y los ganaderos

José Félix Lafaurie Rivera
jifaurie.articulos@fedegan.org.co



Concluyó el Congreso Ganadero, con más de 1.800 asistentes y la presencia del presidente, ministros y altos funcionarios. ¿Qué le dijimos al presidente? Primero: que los ganaderos lo respaldamos en este momento difícil, al tiempo que denunciamos la responsabilidad de los convocantes del paro, obstinados en incendiar a Colombia.

Rechazamos las mentiras de Petro y los políticos de ocasión, que siembran odio a través de las redes, manipulando las insatisfacciones, deslegitimando a la Fuerza Pública y convocando a la movilización permanente, infiltrada por peligrosos vándalos. La amenaza de Petro fue arrodillar al Gobierno y pretende cumplirla.

Denunciamos la distorsión de la realidad, promovida en algunos medios que incitan a los colombianos a llorar por un solo ojo. Es lamentable la muerte de cualquier colombiano, pero no vemos un hashtag invitando a honrar a veinte cadetes asesinados por el ELN o a 376 policías heridos por vándalos, entre ellos 26 mujeres.

Saludamos el diálogo, pero advertimos de algunos interlocutores que buscan llevar al gobierno a un mandato de cabildo abierto y mayores exigencias, bajo la amenaza de la movilización permanente y la violencia callejera.

Denunciamos que lo que sucede no es un hecho aislado, sino producto de un libreto que ha dado resultado en el vecindario, concebido por la izquierda y financiado por el narcotráfico de las disidencias de las Farc, del ELN, y del antiguo EPL -Los Pelufos-, todos asociados con las mafias.

Es la estrategia de movilizar a la población, siempre insatisfecha por algo; afectar bienes públicos y privados, propiciar enfrentamientos con la Fuerza Pública para que haya víctimas que se conviertan en mártires y luego culpar al Gobierno.

Le dijimos al presidente que el campo no se puede volver a dañar, y rechazamos que, entre las demandas del paro se cuele, otra vez, la profundización de la reforma agraria, como si no fuera poco la Reforma Rural de las Farc.

¿Qué nos dijo el presidente? Que el suyo es un gobierno de palabra, que cumple lo que promete, pero nunca prometerá lo que no puede cumplir, y dio ejemplos duros.

Convocó a la unión, pidió rechazar la violencia y dejó claro que "los violentos no nos van a arrebatar lo que hemos construido como sociedad".

Anunció que escuchará a los ciudadanos con humildad, pero sin exclusiones, y advirtió que "conversar no es llegar con el reclamo unilateral" y "una exigencia sobre la mesa". "La unión no es ponernos de acuerdo en todo" ni que "se acaben las diferencias políticas", sino avanzar hacia "mínimos de responsabilidad patriótica, empezando por la clase dirigente".

Al final, el presidente Duque dio un parte de tranquilidad y advirtió, sin medias tintas, que "aquí no van a pretender los priomanos ganar con violencia lo que no ganaron en las urnas".

Amylkar Acosta

amykaracostamedina@gmail.com



Después del paro nacional del 21-N, convocado por las centrales obreras y multiplicidad de organizaciones sociales, gremiales y estudiantiles y de las marchas multitudinarias en todo el país y en muchos países extranjeros, que se han prolongado con un inédito y ruidoso cacoreo por doquier, el presidente Iván Duque se dio por notificado. En su alocución al final de la jornada, que se vio empañada por graves disturbios y desmanes localizados en varias regiones del país, manifestó: "Hoy hablaron los colombianos y, lo que es más importante, dijo que "los estamos escuchando". A renglón seguido, sostuvo que "el diálogo social ha sido la bandera principal de este gobierno. Debemos profundizarlo con todos los sectores de nuestra sociedad y acelerar nuestra agenda social y de lucha contra la corrupción".

Creo que con estas palabras Duque está tratando de reconstruir los puentes que había destruido con su descalificación a la convocatoria del paro, por considerar que la misma estaba basada en mentiras. Pero, mientras él trataba de desmentir, por ejemplo, que estuvieran en riesgo Colpensiones y el régimen de prima media, dos de sus ministros se trenzaron en un debate público en torno a lo que será la propuesta del Gobierno. Mientras el ministro de Hacienda Alberto Carrasquilla planteó públicamente su desacuerdo con el régimen de prima media vigente, la ministra del Trabajo Alicia Arango se mostró contraria a la propuesta del

ministro Carrasquilla.

Y, de contera, se insiste por parte del Gobierno en mantener en la reforma tributaria que cursa en el Congreso las gabelas tributarias a las grandes empresas, dizque, para que generen más empleos mientras los destruyen. Según el Observatorio del Mercado de Trabajo y la Seguridad Social de la Universidad Externado de Colombia, en el trimestre abril - junio de este año se perdieron 360 mil empleos y en el siguiente trimestre, julio - septiembre, se perdieron 475 mil más. Y, mientras la tasa de desempleo sube y de nuevo volvió a los dos dígitos, ahora la nueva propuesta, supuestamente para generar más empleo, es seguir flexibilizando y precarizando el empleo, particularmente el de los jóvenes. Esta calamitosa situación, por sí sola, justificaba la protesta.

Aunque, por fuerza de las circunstancias, el Gobierno se vio precisado a aplazar su propuesta de reforma al régimen laboral y pensional, esta pende como una espada de Damocles sobre la clase trabajadora, razón suficiente para que quienes temen por su futuro se manifiesten en paz, como lo hicieron, para conjurar el peligro que se cierne, sin esperar braccruzados que este riesgo se materialice.

Así como después de un temblor viene el temblor, aún no se ha recobrado la calma y la tranquilidad, continúan brotes de movili-

Hablaron los colombianos

El problema es más de fondo y no hay que poner el oído en la tierra para advertir que hay disgusto, insatisfacción e indignación ciudadana y así lo ha entendido el propio presidente".

zación y protesta en muchos lugares del país. Los organizadores del paro le respondieron al gobierno que están listos para el diálogo en torno a las motivaciones del mismo. Por lo menos ya hay un primer consenso entre las centrales obreras, las organizaciones sociales, los partidos políticos sin excepción y el Gobierno, al condenar al unísono los actos vandálicos y los desmanes, que nada tienen que ver con la protesta civilizada que tuvo lugar el jueves pasado.

No se puede trivializar la protesta, afirmándose, como se afirmó en algunos medios, con alguna ligereza y contumacia,

que "con la anunciada marcha comienza en firme la campaña presidencial" para concluir que la misma "hace parte de una estrategia continuada que irá hasta las elecciones del 2022", porque de ser ello cierto no haría sentido dialogar en torno a los reclamos de la protesta. Tanto mas cierto, si se parte de la base, infundada, de que "esta marcha tiene varios planes de gobierno. ¿Cuáles? Los que perdieron las elecciones, pero que ahora nos lo quieren imponer en las calles". Para afirmar esto se necesita estar, como diría el escritor Octavio Paz, "a las afueras de la realidad", pues los hechos son tozudos.

Tampoco se puede despachar el tema olímpicamente, aseverando que todo se reduce a un problema de falta de comunicación del

Gobierno y, por lo tanto que, para superar el desencuentro del gobierno con la ciudadanía, bastaría con que "comunique lo que ha hecho y desmentia las mentiras de algunos sectores", como lo sugiere un Senador. De ser así, bastaría con cambiar el equipo de comunicaciones de Palacio y listo; pero, la calentura no está en las sábanas. El problema es más de fondo y no hay que poner el oído en la tierra para advertir que hay disgusto, insatisfacción e indignación ciudadana y así lo ha entendido el propio presidente.

La lucha no es contra molinos de viento; las razones de la protesta están lejos de ser una entelequia. La agenda abierta con el paro debe tramitarse por los canales que ofrece y garantiza la democracia, que se ve fortalecida con el diálogo y la concertación y no con evasivas. Lo peor que le puede pasar a Colombia es que su clase dirigente entierre la cabeza en la arena como el avestruz. Eso fue lo que pasó en Chile, tanto el presidente Piñera como la clase política reaccionaron tardíamente y por ello, a pesar del remezón del gabinete ministerial, el reajuste del salario mínimo y las pensiones e incluso la promesa de una reforma de la Constitución, la tensión sigue y la protesta no amaina para nada, pues los ánimos siguen caldeados, en medio de la crispación política.

Este fue el primer campanazo y así parece haberlo entendido el presidente Duque al proponer la profundización del diálogo social, pero las palabras se las lleva el viento, hay que pasar y cuánto antes mejor de las palabras a los hechos, porque, como bien dijo Ovidio, las palabras sin acciones son asesinas de los ideales.

Posmodernidad, lumpenización y marxismo cultural

Ariel Peña

arielpena49@yahoo.com



Las movilizaciones en Colombia realizadas desde el 21 de noviembre, tuvieron un acontecimiento especial el día 22, cuando 'Epa Colombia', cuyo nombre es Dainey Barrera, hizo exaltación a la violencia destruyendo una estación de Trasmilenio y ejecutando otros actos en contra del transporte público e instigando a delinquir en un video que ella misma envió; esto demuestra como la lumpenización es parte de lo que llaman posmodernidad en donde el marxismo cultural hace presencia, porque la razón no existe y lo que vale es la emotividad, pues como diría Federico Nietzsche: "No hay hechos, hay interpretaciones".

Dentro de la posmodernidad, al no existir razón, verdad, ética, moral y lógica, todo es permitido, así que aquellos que dicen, hacer el bien y evitar el mal, y no hagáis a los demás lo que no quieren que te hagan a ti, para la posmodernidad no tiene ningún valor, porque lo que interesa es la descomposición social guiada por la motivación y en algunas ocasiones por el eclecticismo, por eso la mayoría de jóvenes que asisten a las movilizaciones en estos días en Colombia es manipulada por el marxismo cultural, pues no sabe en su gran mayoría por qué protesta, y acuden a lugares comunes para responder cuando

se les pregunta.

La escuela de Frankfurt que originó el marxismo cultural, es responsable de lo que se llama "insurrección molecular disipada", que ha actuado en Chile, Colombia y Ecuador, y nace en 1923 con el patrocinio del multimillonario marxista judío Felix Weil con el nombre de Instituto para la investigación social dirigida Georg Lukás, y en 1930 toma las riendas de la escuela de Frankfurt, Max Horkheimer quien específicamente plantea, que la mejor manera de destruir la Civilización Occidental es con el ataque sistemático a todos sus valores como son: La familia, la propiedad, religión, libertades individuales, democracia liberal y todo lo que tenga que ver con una vida ordenada y decente de los individuos. Posteriormente Theodor W Adorno, Erich From y Hebert Marcuse de la misma escuela esbozaban que las diferencias sexuales son construcciones propias de la sociedad burguesa.

El que le pone la impronta sin ninguna vacilación al marxismo cultural, es el comunista italiano Antonio Gramsci (1891-1937) quien plantea sin reato la irracionalidad y el comportamiento de los comunistas como una pandilla para la toma del poder del Estado por siempre, en donde hay que lumpenizar a las masas (tenemos el ejemplo de vándalos y terroristas) para volverlas más dóciles a las elites comunista, ya

que la razón y la verdad son perjuicios burgueses que deben desaparecer de la sociedad como lo enseñó el déspota ruso de Lenin.

Con el socialismo del siglo XXI en Venezuela se dio una demostración del marxismo cultural, cuando el difunto presidente Hugo Chávez, propició la creación de bandas armadas o colectivos para defender la "revolución", lo cual ocasionó que aumentara de manera exponencial el número de homicidios y que el vecino país se convirtiera en uno de los más violentos del mundo con cifras de muertos peores que el de una nación en guerra, todo ello fue planificado por el régimen marxista para someter a la población mediante el miedo.

En la actualidad la hambruna que sufre Venezuela, desde luego que es promovido por el gobierno, porque como decían los libertarios que enfrentaron a Marx en el siglo XIX: "El Estado comunista reproduce y mantiene la miseria de las masas como condición necesaria de su existencia", que es lo que sucede cuando los comunistas todesitarios se toman el poder, por eso así como se habla de la cultura de la muerte, el marxismo cultural no es solo muerte, sino además envilecimiento, enajenación, adocenamiento y pérdida de valores para convertir a los seres humanos en zombis.

Un asunto claro es el libre desarrollo de la personalidad con la aceptación de la diferencia, y otra

muy distinta las estrategias políticas diseñadas por el comunismo totalitario que con sus diferentes máscaras busca esclavizar a nuestras naciones, primero culturalmente y luego política y económicamente, por ello sin lugar a ninguna duda, hay que afirmar que el marxismo cultural, la lumpenización, la escuela de Franfort y los ciclos que están utilizando en Colombia para conspirar en contra de la democracia son: el escalonamiento, copamiento y la saturación están en concomitancia, y es posible que el gobierno no esté enterado.

Tratar como fuerzas reaccionarias a quienes se oponen a intenciones del comunismo totalitario, es simplista y ridículo, la cosa tiene fondo, y de pronto en Colombia no se ha tenido la suficiente capacidad de discernimiento para conocer las intenciones de fuerzas exógenas que medran para aplicar sin cortapisas el relativismo moral. Que permite que personas actúen contra sus semejantes e instituciones.

Las movilizaciones en Colombia desde el 21 de noviembre, son justas, por la deuda social del Estado con la ciudadanía, pero que desafortunadamente la mamertería utiliza inescrupulosamente, ya que no les interesan las reivindicaciones sociales y económicas de la población. Posmodernidad, lumpenización y marxismo cultural van de la mano para asaltar la democracia en Colombia.